

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2017.

El juego en la clínica psicoanalítica con niños: revisión de los fundamentos teoréticos.

Almagro, María Florencia.

Cita:

Almagro, María Florencia (2017). *El juego en la clínica psicoanalítica con niños: revisión de los fundamentos teoréticos*. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/804>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/ra1>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL JUEGO EN LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA CON NIÑOS: REVISIÓN DE LOS FUNDAMENTOS TEORÉTICOS

Almagro, María Florencia

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata. Argentina

RESUMEN

La investigación psicoanalítica, desde Freud en adelante, ha sido mucho más exhaustiva en el estudio de los síntomas que en el estatuto del juego en el sujeto psíquico. De modo tal, que encontramos una deuda respecto a la comprensión metapsicológica de los procesos psíquicos presentes en el espontáneo jugar de los niños. Este trabajo se propone como finalidad retomar y analizar desde el Psicoanálisis algunos interrogantes acerca del juego en cuanto actividad simbolizante: ¿qué estatuto tiene el juego en la clínica psicoanalítica con niños? ¿Desde qué fundamentos metapsicológicos se determinan los alcances y las limitaciones de la intervención del analista en relación al juego en la clínica con niños? Revisar las conceptualizaciones acerca del juego en la práctica psicoanalítica con sujetos cuyo psiquismo se encuentra en constitución, conlleva examinar el vínculo establecido entre la teoría, el método y la técnica inmerso en cada marco teórico. Los aportes de Sigmund Freud, Melanie Klein, Donald Winnicott y Silvia Bleichmar serán las fuentes conceptuales desde las cuales se sustentará el desarrollo argumental de este trabajo con el que se intenta repensar el significado del juego en la práctica psicoanalítica con niños en nuestros días.

Palabras clave

Psicoanálisis con niños, Juego, Simbolización, Metapsicología

ABSTRACT

THE PLAY ON PSYCHOANALYTICAL CLINIC WITH CHILDREN: REVIEW OF FUNDAMENTALS THEORETIC

Psychoanalytic research, from Freud onwards, has been much more exhaustive in the study of symptoms than in the statute of play in the psychic subject. In such a way, we find a debt to the metapsychological understanding of the psychic processes present in the spontaneous play of children. This work aims to retake and analyze from Psychoanalysis some questions about the play as a symbolic activity: what is the status of the play in the psychoanalytic clinic with children? From what metapsychological foundations determine the scope and limitations of the analyst's intervention in relation to the play in the clinic with children? To review the conceptualizations about the play in psychoanalytic practice with subjects whose psyche is in constitution, entails examining the established link between theory, method and technique immersed in each theoretical framework. The contributions of Sigmund Freud, Melanie Klein, Donald Winnicott and Silvia Bleichmar will be the conceptual sources from which the argumental development of this work will be sustained, with which we try to rethink the meaning of the play in psychoanalytic practice with children in our day.

Key words

Psychoanalysis of children, Play, Symbolization, Metapsychology

Tras la imagen reflejada en el relato que concibe a la infancia como un tiempo simple y feliz, se tiende a olvidar que el niño está sumergido de entrada en un universo de adultos, un universo extraño, ajeno, dentro del cual transcurre en asimetría su constitución subjetiva. El sometimiento a la irrupción de objetos, gestos, comportamientos, comunicaciones, prescripciones y prohibiciones del mundo adulto, va inscribiendo en el psiquismo infantil en estructuración, representaciones y afectos, en definitiva, objetos internos fuente de las pulsiones, de deseos e innumerables comportamientos a lo largo de la vida. Cargas libidinales que exigen un trabajo psíquico de domeñamiento y elaboración para devenir motor del progreso psíquico y no causales de sufrimiento.

Primeros pensamientos que se instalan antes y después de la organización de la instancia yoica y que compelen a todo sujeto provocando enigmas y, a partir de allí, movilizándolo a una actividad teorizante que le permita articular sentidos. Como lo afirma P. Aulagnier (1994), el yo construye e inventa una historia dentro de la cual identifica las causas con las que procesa las exigencias de las duras e ignotas realidades que implican el mundo exterior y su mundo psíquico. La función de historiador propia del yo supone una elaboración de nexos causales sobre su propia historia libidinal e identificatoria, propiciando recentramientos en sus movimientos autoteorizantes y autosimbolizantes.

En el marco de esta introducción acerca del apasionante territorio que supone la infancia, este trabajo se propone como finalidad retomar y analizar desde el Psicoanálisis algunos interrogantes acerca del juego en cuanto actividad simbolizante: ¿qué estatuto tiene el juego en la clínica psicoanalítica con niños? ¿Desde qué fundamentos metapsicológicos se determinan los alcances y las limitaciones de la intervención del analista en relación al juego en la clínica con niños? Revisar las conceptualizaciones acerca del *juego* en la práctica psicoanalítica con sujetos cuyo psiquismo se encuentra en constitución, conlleva examinar el vínculo establecido entre la teoría, el método y la técnica inmerso en cada marco teórico. Los aportes de S. Freud, M. Klein, D. Winnicott y S. Bleichmar serán las fuentes conceptuales desde las cuales se sustentará el desarrollo argumental de este trabajo con el que se intenta repensar el significado del juego en la práctica psicoanalítica con niños en nuestros días.

Derrotero metapsicológico acerca de la simbolización

La investigación psicoanalítica, desde Freud en adelante, ha sido mucho más exhaustiva en el estudio de los síntomas que en el estatuto del juego en el sujeto psíquico. De modo tal, que poco

se ha comprendido metapsicológicamente los procesos psíquicos presentes en el espontáneo jugar de los niños.

La primera aproximación a un niño real registrada por Freud se publica en 1909 en *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. A través del relato paterno, Freud toma las palabras y conductas de Juanito como el material empírico lleno de “frescura vital” donde coteja sus hipótesis sobre la sexualidad infantil formuladas en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905). Valioso material en el que se presentifica y toma forma la realidad psíquica del pequeño investigador, pero poco se pregunta Freud en este artículo sobre las razones del jugar en sí mismo. La única conjetura que formula al interpretar el juego de los niños es que son una manifestación al servicio de fantasías de deseo. En el juego del caballo que corretea, para Freud, Juanito permuta los roles y ahora disfruta encarnando él los poderes tan temidos en la fobia.

Recién en 1920, en el apartado II de *Más allá del principio de placer*, Freud define el juego infantil como una de las prácticas normales más tempranas del aparato anímico. A través de la investigación del juego que dio en llamar Fort-da, -aquel juego de un niño de 18 meses que reproducía la desaparición y la reaparición de su madre-, Freud plantea que el niño asume en el juego un papel activo, invirtiendo la pasividad con la que ha vivido el acontecimiento fuente de displacer. Teniendo en cuenta el giro conceptual de los años '20, explica el Fort-da considerando que aún cuando el niño obtenga alegría del retorno del carretel, existe otra forma de juego donde los objetos no son recuperados y donde el acento está puesto en la repetición de una pérdida. El Fort-Da pone de relieve el *más allá del principio del placer* que rige la vida anímica, ya que el niño no sólo hace aparecer el objeto, sino que con su juego establece el circuito completo de las presencias y ausencias, encontrándose el displacer presente en él. Todo esto conduce a Freud a pensar que en el juego hay repetición tanto de lo placentero como de lo traumático, y le otorga suma centralidad al punto de vista económico haciendo referencia a la necesidad del niño de procesar psíquicamente algo impresionante, pero no sólo en cuanto al dominio de las excitaciones originadas en la relación con el mundo externo, sino también en el ligar la proveniente de las propias pulsiones. Desde estas motivaciones, los estratos superiores del aparato anímico realizan dicha tarea a través del jugar en los niños.

Las contribuciones realizadas por Melanie Klein (1921, 1926) a partir de su experiencia con casos como Fritz, de 5 años, o Rita de 2 años y 9 meses, han producido la formalización del juego como técnica para la clínica con niños, inaugurando de este modo el campo de analizabilidad infantil. Esta autora sostiene que el niño expresa sus fantasías, deseos y experiencias, de un modo simbólico por medio de juegos y juguetes, y afirma que sólo comprenderemos el “lenguaje del juego” si nos acercamos como Freud nos ha enseñado a acercarnos al lenguaje de los sueños. Para comprender correctamente el juego del niño, hay que desentrañar el significado de cada símbolo separadamente, pero teniendo en cuenta la relación con la situación total, así captaremos el significado del caleidoscópico cuadro, tantas veces sin sentido, que presentan los niños en la hora de juego. El juego es el mejor medio de expresión en la infancia, a través de él los niños dan forma representativa a sus experiencias sexuales y descargan las ansiedades inherentes

a las fantasías eróticas y agresivas que las acompañan. En el mismo sentido, identifica como fuente del placer lúdico al alivio por la expulsión de objetos persecutorios y peligrosos, que al proyectarse sobre los objetos del mundo externo le permiten al niño modular la ansiedad. A través de la externalización de fantasías inconscientes y su dramatización se ponen en juego complejos mecanismos de defensa contra la ansiedad.

En *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo* (1930), Klein postula que junto al interés libidinoso, es también la angustia principalmente, la que pone en marcha el mecanismo de identificación entre un objeto original y otro que lo sustituye en su interés. Como primitiva defensa contra el propio sadismo y también contra la furia retaliativa de los objetos atacados, el niño se verá impulsado a sucesivos desplazamientos hacia objetos más alejados, preservando así intercambios vitales con los objetos primarios. La deriva del investimiento hacia nuevos objetos del mundo será motor del desarrollo del yo y de la relación con la realidad. Proceso que dependerá, para Klein, de la capacidad del yo del niño para tolerar el monto de angustia necesaria para propiciar una abundante formación de símbolos y de fantasías.

De esta breve introducción a los aportes de los pioneros del psicoanálisis relativa a la temática del juego, se desprenden algunos interrogantes motivados por la búsqueda de coherencia teórica y contrastación con la práctica: ¿Qué incidencia en el método y en la técnica, especialmente del juego, tienen las divergentes premisas metapsicológicas de los autores, puntualmente aquellas referidas a la concepción de la simbolización y la fantasía, así como al lugar del adulto en la organización psíquica infantil?

La teoría psicoanalítica no es una obra sin contradicciones y como todo pensador científico, Freud no ha estado exento de impasses en sus desarrollos. El tema de la fantasía es uno de esos territorios cuyo extravío refleja la permanente tensión entre una vertiente endógena y otra exógena que atravesó hasta su último momento la producción freudiana, impidiéndole resolver el problema del origen de la fantasía y su estatuto metapsicológico.

Si nos detenemos en lo formulado en el *Manuscrito M*, vemos a Freud (1897) afirmar que las fantasías se generan por una conjunción inconsciente entre vivencias y cosas oídas, de acuerdo con ciertas tendencias regidas por investimientos pulsionales, deseantes; su formación acontece por combinación y desfiguración, análogamente a la descomposición de un cuerpo químico que se combina con otro. Este modelo de inscripción ya había sido planteado unas semanas antes en la *Carta 61* (1897, p. 288) “las fantasías provienen de lo oído entendido *con posterioridad*, y desde luego son genuinas en todo su material. Son edificios protectores, sublimaciones de los hechos, embellecimientos de ellos, y al mismo tiempo sirven al autodescarga”. De este modo, Freud considera que por après-coup se produce una ligazón de lo traumático, simbolizaciones con repartición de investimientos. Es su enraizamiento en lo inconsciente, y el hecho de que lo inconsciente originariamente reprimido encuentre a través de los distintos modos de constitución de la fantasía ensamblajes posibilitadores de articulación, lo que permite que cumplan una función defensiva y, al mismo tiempo, que su reinvestimiento favorezca la formación de síntomas. Cobra

relevancia el carácter simbolizante de la fantasía al quedar ubicada como un entretrejo entre dos polos: el deseo inconsciente y la capacidad de teorizar.

Sin embargo, la conceptualización de la segunda Tópica conduce a Freud a definir un Ello no estructurado por la represión, sino existente desde los orígenes, reservorio de fantasmas originarios filogenéticamente adquiridos. La propuesta kleiniana relativa a la phantasy inconsciente como materialidad constitutiva del inconsciente y objeto principal de la clínica psicoanalítica se inscribiría en esta última vertiente llevando a una concepción puramente “extractiva” del análisis. Se trataría de su develamiento, pero no de su rearticulación a partir de los constituyentes históricos del Edipo singular del sujeto en cuestión, puesto que el endogenismo la lleva a concebir a la fantasía como de pura proveniencia subjetiva, sin anclaje en lo vivencial.

Siguiendo la revisión crítica llevada a cabo por Laplanche (1964), tomamos partido al interior de estas divergentes corrientes teóricas y concebimos a dichos fantasmas originarios como efecto de los diversos posicionamientos que atraviesa el sujeto en su circulación por las estructuraciones edípicas, fantasmas que no sólo dan origen a formaciones simbólicas complejas, sino que también se construyen respecto de los orígenes, constituyen teorizaciones de los orígenes.

Estas consideraciones metapsicológicas cobran suma importancia para nuestra práctica en la medida en que la experiencia clínica nos muestra que en patologías no neuróticas y en niños con su psiquismo en constitución, muchas veces la reproducción de escenas ocupa un lugar tópico diferente. La repetición de escenas actuadas que producen un pasaje a lo real de fantasías promiscuas no dan cuenta necesariamente del estatuto de reprimido del fantasma de escena primaria. Por lo cual es importante esclarecer la diferencia entre la representación que puede hacer un niño que incluye “pedazos no digeridos de la realidad” o, como decía Freud, “restos de lo visto y lo oído”, y un niño que sólo fantasea con una acción de este tipo, a la que recompone por las líneas experienciales y fantasmáticas de su propio momento libidinal.

Del estado de ilusión y la simbolización

Es a partir de las ideas de D. Winnicott que la concepción psicoanalítica del jugar de los niños sufre una fuerte consideración. Se sabe que cuando un niño no puede jugar es porque ya presenta rasgos psicopatológicos que se lo impiden. ¿En qué consiste pues el inestimable valor de estos pequeños mundos creados, paralelos a lo comúnmente consideramos nuestro mundo real? Para Winnicott (1942) los niños gozan con todas las experiencias físicas y emocionales del juego; si el contexto es facilitador y continente, el niño valora la comprobación de que los impulsos de odio o de agresión pueden expresarse en un ambiente conocido sin que le devuelvan odio y violencia.

Otra motivación que lleva a los niños a inventar esas creaciones lúdicas es que con ellas van aumentando su comprensión de la riqueza del mundo externamente real. “El juego es la prueba continua de la capacidad creadora, que significa estar vivo”. Para este autor, el juego proporciona una organización para iniciar relaciones emocionales y permite que se desarrollen contactos sociales, así

como también tiende a propiciar la unificación y la integración general de la personalidad. “El juego es la alternativa a la excitación en el esfuerzo del niño por no disociarse”. Un niño que juega puede estar tratando de exhibir parte del mundo interior, así como del exterior, a personas elegidas del ambiente.

Pero quisiera poner énfasis en otro de los motivos que encuentra Winnicott para el juego de los niños: el control de la ansiedad. Según este autor, la amenaza de un exceso de ansiedad conduce al juego compulsivo o al juego repetitivo o a una búsqueda exagerada de placeres relacionados con el juego, existe una determinada medida de ansiedad que resulta insoportable y que destruye el juego. Por tanto, se puede deslindar a partir de estos aportes dos dimensiones del juego, una en la línea del placer, ligada a la simbolización, y otro con características compulsivas, dando cuenta de un exceso, efecto del ejercicio directo de la pulsión que amenaza con destruir el juego. La centralidad de esta diferenciación radica en que se plantean perspectivas diversas a la hora de pensar estrategias en las situaciones clínicas.

La conceptualización sobre lo *transicional* vertebró toda la obra de Winnicott. En el texto *Realidad y Juego*, sostiene que la psicoterapia se da en la superposición de dos zonas de juego, la del paciente y la del terapeuta. La transferencia como un diálogo, un “entre dos” que se da en esa zona, en ese espacio que no pertenece ni al paciente ni al analista, pero donde están los dos presentes. Desde esta perspectiva, el trabajo analítico consiste en disponer las condiciones que permitan que los fenómenos transicionales puedan desarrollarse. Y para ello es necesario que el analista se posicione como objeto, para seguir la recomendación de Freud, de abrir la transferencia como palestra, para que el paciente ponga en escena sus pulsiones. Es labor del terapeuta en los casos en que este juego no sea posible, la orientación de un estado en que el paciente no puede jugar a uno en que le sea posible hacerlo. Entendida en estos términos, la acción analítica permitirá que el sujeto pueda vivir experiencias creadoras en este espacio potencial que se presta a tal fin, y en este sentido, Winnicott sostiene que el juego es por sí mismo una terapia, en tanto experiencia siempre creadora. El jugar tiene un tiempo y lugar, no se encuentra adentro, tampoco está afuera, sino en un espacio-zona transicional. Transicional entre externo e interno, entre presencia y ausencia, que haría referencia a aquel espacio potencial entre el bebé y la madre. Este tercer espacio al que el autor liga al estado de *ilusión*, es donde al niño le es posible ser creativo y vivir experiencias que le permitan apropiarse de la realidad al investirla con sentidos personales.

La función del adulto en la simbolización infantil

Si nos adentramos en la genealogía de este tercer espacio tan fundamental para la constitución del psiquismo, surge la referencia al rol de la madre como facilitadora u obstaculizadora de dicha potencialidad creadora. La salud mental del individuo aparece en Winnicott (2006) directamente asociada al inicial cuidado materno. Es a través de su identificación con el infante que la madre sabe cómo se siente la criatura y podrá proporcionarle lo que necesita en el modo de sostén. Esta “preocupación maternal primaria” protege el “*seguir siendo*” del infante. De lo contrario, si la pauta de la vida del infante es reaccionar a las intrusiones se produce una seria

interferencia con la *tendencia natural* de la criatura a convertirse en una unidad integrada.

En cuanto la madre y el infante quedan separados desde el punto de vista del infante, se observará que la mujer tiende a cambiar la actitud. Todo ocurre como si ella supiera que el bebé ya no espera que comprenda sus necesidades de un modo casi mágico. La madre parece saber que su hijo ha adquirido una nueva capacidad, la de emitir una señal para guiarla hacia la satisfacción de las necesidades. Se torna fundamental el arte de darle al bebé la ilusión de que lo que él crea a partir de su necesidad e impulso tiene existencia real, la necesidad de que el bebé sea el creador del pezón del pecho de la madre. El infante puede entonces empezar a disfrutar la ilusión de la creación y el control omnipotentes, y llegar gradualmente a reconocer el elemento ilusorio, el hecho de que está jugando e imaginando. Aquí está la base del símbolo, que al principio es la espontaneidad o alucinación del infante y también el objeto externo creado y finalmente catectizado (Winnicott, 1996).

“Potencial heredado”, “continuidad del ser” son expresiones que en Winnicott aluden a la idea de un sujeto que nace con instintos y cuenta con una tendencia natural a convertirse en una unidad integrada. El principio de placer opera desde los comienzos de la vida y lo pulsional queda subsumido en lo instintual innato. Por lo tanto, su preocupación es ver cómo el infante realiza el pasaje del principio de placer al principio de realidad. Al sostener una subjetividad endógena arrastra el problema filosófico de la dualidad sujeto-objeto, sin embargo, se identifica en Winnicott un intento de introducir la mediación del adulto entre el bagaje instintivo y su posibilidad de inserción en el mundo. Las nociones de *ilusión* y *creación* dan cuenta de un campo que se produce por la presencia del otro humano y que no se reduce a lo autoconservativo ofreciendo condiciones para el desarrollo de la simbolización.

Para Winnicott habría una continuidad del sujeto y del organismo, siendo la primera tarea en el desarrollo diferenciar entre yo y no-yo. El pasaje de la dependencia a la independencia en pos de la integración del yo requiere de un yo auxiliar materno que sostenido en el tiempo facilite la maduración del desarrollo emocional. La fuerza o debilidad del yo dependerá de la provisión ambiental.

Consideramos que el modelo teórico de Winnicott presenta dos limitaciones a la hora de conceptualizar los orígenes del psiquismo y la simbolización. Por una lado, concebir un potencial creativo innato en el infante, y por otro, reducir al adulto a un agente facilitador de su desarrollo emocional. La madre suficientemente buena sería aquella que empatiza con el bebé e identificándose con él logra una adaptación viva a sus necesidades, así garantiza la continuidad del ser del infante evitando la reacción a posibles intrusiones.

Rompiendo con el endogenismo presente en Winnicott y en una parte importante del psicoanálisis, incluido en ello una vertiente de la obra freudiana, Silvia Bleichmar (1993) recupera la lectura de Jean Laplanche (1992) que considera que la cría humana no se estructura a partir de sí misma, que sus pulsiones, sus deseos inconscientes, sus fantasmas, no son de origen endógeno, sino de aquello que se precipita sobre ella y la obliga a un trabajo de dominio y metabolización. Opción al interior de la teoría psicoanalítica que concibe a la tónica psíquica a partir de una inscripción exóge-

na, traumática y en décalage de las pulsiones, descualificadas, seductoras, destinadas al après-coup cuando la represión originaria separe las instancias psíquicas y regle el funcionamiento psíquico. Modelo que define al aparato psíquico a partir de esta intervención del otro que comienza a guiarse por los indicios del placer-displacer y no ya por los de la satisfacción de necesidades. Se inscribe el objeto de la pulsión como algo que proveniente desde afuera, opera desde el interior, pero desde un interior que devendrá extraño al sujeto, rudimento del inconsciente. La propuesta de Bleichmar aporta otras consideraciones acerca del origen de las representaciones y los precursores de la simbolización. Al retomar la asimetría constitutiva entre el niño y el adulto, otorga a este último una función instituyente de la sexualidad pulsional la cual exigirá un trabajo psíquico para su domeñamiento, pudiendo constituirse como motor así como obstáculo del progreso psíquico. Estas variaciones dependerán del modo de ingreso de estos montantes energéticos y de su destino al interior del psiquismo infantil. De esta manera, el psiquismo ya no tendería hacia una adaptación práctica al servicio de la vida biológica, sino a intentar un equilibramiento de la economía libidinal.

Desde esta perspectiva, es del lado del yo donde hay que ubicar las identificaciones que posibilitan al deseo inconsciente sostenerse como reprimido. Pero lejos de considerar al yo como una continuidad del organismo, es la identificación instauradora del narcisismo residual del semejante, la operación fundamental que genera las condiciones para instituir la subjetividad y sus potencialidades simbólicas. Ubicar la función materna como auxiliar o como fundante nos sitúa en uno de los puntos de divergencia de estos marcos teóricos, pero también nos conduce a fundamentos que marcan diferentes modos de pensar *los procesos de simbolización y sus alcances*. Situación que nos interpela respecto a los alcances del método, cuándo y cómo producimos realmente trabajo analítico con nuestra escucha e intervenciones.

Consideraciones finales

Una práctica que pretenda evitar el desamarre con la teoría, no puede dejar de interrogarse acerca del orden de los fenómenos que se presentan en la consulta, siendo la metapsicología la que nos orienta en la exploración del estatuto de cada elemento clínico. Por tanto, concebimos que en el despliegue de la actividad lúdica del niño, no todo necesariamente remite a elementos de carácter simbólico, metafórico. Simbolizar supone establecer una relación entre un símbolo y un simbolizado, pudiendo haber entre ambos múltiples lazos posibles posibilitados por las retranscripciones ligadoras de los montantes libidinales. Capacidad altamente elaborativa que no siempre logra organizarse en el psiquismo infantil o que puede instalarse y luego alterarse por los diversos traumatismos. En conclusión, no consideramos a la función del adulto a cargo de la cría como simplemente facilitadora u obstaculizadora de la tendencia natural del desarrollo del niño, sino que partimos de la tesis que concibe a la simbolización como el resultado de la confluencia entre la sexualidad materna introducida como energía pura en el niño, y el orden de símbolos que el adulto sostiene desde la cultura en la cual está inmerso. Es decir, la simbolización es algo absolutamente singular del sujeto, pero no se constituye sino a partir de un

universo de símbolos que la cultura ofrece.

La heterogeneidad de la materialidad psíquica presente en el comportamiento, verbalizaciones y juego de los niños nos confronta con diversos niveles de simbolización. Elementos fantasmáticos y representados simbólicamente en el juego, efecto de la capacidad de ligazón lograda por el mismo sujeto, están prestos a ser interpretados para desarticular la causalidad determinante de algunos síntomas. Por otro lado, elementos desligados que circulan por el aparato psíquico sin encontrar engarzarse en ninguna serie psíquica ni localización tópica alguna, generando una fuerte vivencia de fragilidad en el yo. Intervenciones simbolizantes deberán, por tanto, ser propuestas en el dispositivo analítico como complemento al juego autoelaborativo que el niño va desplegando por sí mismo, para producir verdaderos procesos de neogénesis.

La transferencia analítica en tanto reactivamiento de la asimetría originaria promueve desligaciones, por lo cual la instalación y regularidad del encuadre así como la acogida benevolente proporcionan el holding necesario para evitar la desorganización. Así mismo, centralizar la escucha desde el eje traumatismo y simbolización, pone de relieve el valor de la palabra como modo de elaboración dominante en la función analítica, para posibilitar que las vivencias pasen a constituir experiencias significadas, apropiadas metabólicamente por el sujeto psíquico.

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1994). "A propósito de la realidad: saber o certeza", en Un intérprete en busca de sentido. DF., México: Siglo XXI editores.
- Bleichmar, S. (1993). La fundación de lo inconciente. Bs. As.: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (1999). "El carácter lúdico del análisis", Actualidad Psicológica, "El juego en la clínica con niños".

- Freud, S. (1897). "Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 61 y Manuscrito M", en Obras Completas, Tomo I, Buenos Aires: Amorrortu, 1994.
- Freud, S. (1909). "Análisis de la fobia de un niño de cinco años", en Obras completas, Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- Freud, S. (1920). "Más allá del Principio del Placer", Caps. I, II, III, Obras Completas, Tomo XVIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- Klein, M. (1921). "El desarrollo de un niño", en Amor, culpa y reparación. Bs. As.: Paidós, 2003.
- Klein, M. (1927). "Simposio sobre análisis infantil". En Amor, culpa y reparación. Bs. As.: Paidós, 2003
- Klein M. (1929). "La personificación en el juego de los niños". En: "Principios del análisis infantil. "Contribuciones al psicoanálisis II" Hormé, Bs. As.: 1971.
- Klein M. (1930). "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del Yo". Amor, culpa y reparación. Buenos Aires: Paidós, 2003
- Klein M. (1932). El Psicoanálisis de Niños, cap. I y II, Bs. As.: Hormé, 1974.
- Klein M. (1955). "La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado", en Envidia y gratitud y otros trabajos. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.B. (1964). "Fantasía originaria, fantasías de los orígenes, origen de la fantasía". En El inconciente Freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo. Buenos Aires: Nueva Visión, 1976.
- Laplanche, J. (1992). Vida y muerte en psicoanálisis. Bs. As.: Amorrortu, 1970.
- Winnicott, D. (1942). "Por qué juegan los niños", en El niño y el mundo externo, Buenos Aires: Editorial Numen, 1993.
- Winnicott, D. (1971). Realidad y juego. Bs. As.: Gedisa editorial.
- Winnicott, D. (1996). Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Bs. As.: Paidós.
- Winnicott, D. (2006). La naturaleza humana. Bs. As.: Paidós.